

PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



# ¡LEER ENCIENDE TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Quinto grado  
Ciencias Naturales



PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



# ¡LEER ENCIENDE TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Quinto grado  
Ciencias Naturales

## ¿Has visto cómo crecen las plantas? (Adán y Eva)

Jaime Sabines

—¿Has visto cómo crecen las plantas? Al lugar en que cae la semilla acude el agua: es el agua la que germina, sube al sol. Por el tronco, por las ramas, el agua asciende al aire, como cuando te quedas viendo el cielo del mediodía y tus ojos empiezan a evaporarse.

Las plantas crecen de un día a otro. Es la tierra la que crece, se hace blanda, verde, flexible. El terrón enmohecido, la costra de los viejos árboles, se desprende, regresa.

¿Lo has visto? Las plantas caminan en el tiempo, no de un lugar a otro, de una hora a otra hora. Esto puedes sentirlo cuando te extiendes sobre la tierra, boca arriba y tu pelo penetra como un manojo de raíces y toda tú eres un tronco caído.

—Yo quiero sembrar una semilla en el río, a ver si crece un árbol flotante para treparme a jugar. En su follaje se enredarían los peces, y sería un árbol de agua, que iría a todas partes sin caerse nunca.

Tomado de <https://goo.gl/9B2XaU> (01/03/2018)

**Jaime Sabines** (1926-1999). Poeta y político mexicano, considerado como uno de los grandes representantes de la literatura latinoamericana del siglo XX.

## El huerto de Iria

Elena Ramos Masa

Iria decidió hacer un huerto en su casa porque le encantaba la verdura y la fruta. Quiso plantar lechugas, tomates y fresas.

Hacer un huerto requiere mucho esfuerzo y también es divertido, así que invitó a sus amigos.

Empezaron por las lechugas. Plantaron muchas lechugas. Hicieron 10 filas y en cada fila plantaron 4 lechugas pequeñas que tenían que crecer gracias al sol y al agua.

Berta, que sabía mucho de lechugas, les explicó: “Las lechugas tienen que atarse con una cuerda para que crezcan cerradas y mantengan su color”. Y así lo hicieron.

Cuando acabaron con las lechugas, siguieron con los tomates. Y también les dedicaron mucho trabajo.

El abuelo de Iria les explicó: “Las tomateras tienen que plantarse con cañas que funcionan como tutores para sus matas, ya que estas son muy débiles para aguantar el peso de los tomates cuando maduren”.

Y así lo hicieron. Con la ayuda del abuelo construyeron un tutor con cañas de bambú, de manera que sujetara las 12 tomateras. Cada caña medía un metro y medio. Entre tomateras dejaron un espacio de 50 centímetros. Y utilizaron dos cañas muy largas para sujetar la estructura.

A continuación, siguieron con la tarea y plantaron fresas.

Javier explicó a sus amigos: “Las fresas se reproducen a través de sus estolones, es decir, las ramificaciones que produce la misma mata”.

En total, plantaron 18 plantitas de fresa y con el paso de los días, las fresas empezaron a madurar. Lucía se dio cuenta de que algunas plantas, como las fresas, siguen el siguiente orden en su maduración:

1. Sale la flor.
2. Los pétalos de flor se caen y empieza a formarse el fruto pequeño y de color verde.
3. El fruto va engordando y cambiando su color de verde a rojo.

Al llegar el final del curso, habían trabajado tan bien en el huerto que recogieron muchas frutas y verduras, así que decidieron hacer una merienda en el campo y celebrarlo.

Tomado de <https://goo.gl/K4dGR5> (20/02/2018)

**Elena Ramos Masa.** Escritora de cuentos cortos para niños y pedagoga. A través de sus cuentos enseña a los niños las distintas asignaturas.

## Cholitas Escaladoras

Elena Favilli y Francesca Cavallo

Había una vez una mujer llamada Lidia Huayllas que vivía al pie de una hermosa montaña en Bolivia.

Toda su vida, Lidia y sus amigas habían cocinado para los andinistas antes de que salieran de los campamentos para escalar la montaña. Lidia los veía ponerse el casco, ajustarse la mochila, atarse bien las botas y llenar sus botellas de agua.

Veía sus expresiones de emoción antes de la aventura.

Lidia y las otras mujeres no sabían qué se sentía estar en la cima de una montaña. En cambio, sus maridos y sus hijos sí. Ellos trabajaban como guías y maleteros de los andinistas, llevaban grupos de escaladores a salvo hasta la cima y los acompañaban de regreso, mientras las mujeres se quedaban en el campo, en el valle.

Un día, Lidia les dijo a sus amigas:

—Subamos la montaña y veámoslo con nuestros propios ojos. Mientras las mujeres se ponían las botas y los crampones bajo sus características faldas coloridas, llamadas cholitas, los hombres se burlaron.

—No pueden ir vestidas con cholitas —les dijeron. Tienen que usar ropa adecuada para escalar.

—Tonterías —dijo Lidia, mientras se ataba el casco. Podemos ponernos lo que queramos. ¡Somos las cholitas escaladoras!

A pesar de las tormentas de nieve y las intensas ventiscas, Lidia y sus amigas escalaron cima tras cima.

—Somos fuertes. Queremos escalar ocho montañas —decían.

Es probable que al mismo tiempo que lees su historia, ellas estén ascendiendo entre la nieve, emocionadas de ver el mundo desde una cima diferente, mientras el viento agita sus faldas coloridas.

Tomado de Favilli, E. y Cavallo, F. (2017). *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*. Bogotá: Planeta.

**Elena Favilli** nació en Italia. Es escritora y empresaria de medios de comunicación. Estudió semiótica en la Universidad de Bolonia y periodismo digital en la U.C. Berkeley.

**Francesca Cavallo** nació en Italia. Tiene títulos en Ciencias de la Comunicación y Dirección Teatral. Fue fundadora de la compañía de teatro Kilidrammi, de Paolo Rossi.

# Uranito en el planeta Tierra

Santiago Roncagliolo

Uranito era un niño extraterrestre que vivía en el planeta Berberecho, a miles y miles de años luz de la Tierra. Siempre se portaba muy mal. Se burlaba de los que eran distintos de él: de los berberechis moteados, de los juts de dos cabezas y de habitantes de otros planetas.

Sus padres estaban muy preocupados por su actitud. Un día le dijeron: “Te vamos a mandar una temporada a un planeta nuevo. Te hará bien, para que conozcas otros seres y aprendas a respetarlos”.

Lo mandaron a la Tierra. Primero cayó muy al norte, en la capa de hielo que cubre la parte de arriba del planeta. Allí había otro niño como él, llamado Inu. Inu vestía una gruesa piel de oso para no tener frío. Para pasar desapercibido, Uranito se puso la piel de oso tuark del planeta Goblon.

Inu y Uranito jugaron con bolas y muñecos de nieve. Inu le enseñó cómo, para besar a su mamá, los esquimales se frotan las narices una con otra. Uranito aprendió muchas cosas con él y se divirtió. Pero tenía mucho frío. Pidió por radio: “¿No puedo ir a un lugar más caliente?”

Le dieron permiso y viajó al río Amazonas. Allí, los niños viven en cabañas suspendidas sobre el río, y saben usar el arco y la flecha. Uranito se llevó un susto. Uranito se hizo amigo de Martín, que era un aguaruna. Los niños del Amazonas viven rodeados de mascotas: tienen monos, peces, guacamayos, tapires, pollos.

Un día, Uranito descubrió que el esquimal Inu estaba con él. ¡Se había escondido en su nave antes de salir! Trató de llevarlo de vuelta a la nieve. Viajaron muchas horas. Al aterrizar, bajaron en un gran desierto. ¡Se había equivocado de ruta!

Allí conoció a Hassan. Hassan era un nómada. No vivía siempre en el mismo sitio. Viajaba por todas partes, como Uranito, pero sin equivocarse.

Hassan vivía en una tienda de tela que colocaba al llegar a cada sitio. Le ofreció comer una comida deliciosa con carne y queso de oveja. Uranito llamó a Inu para comer. Pero de la nave salieron Inu y Martín. ¡Martín también estaba allí! Uranito pensó que ahora sí tendría un problema.

Corrió a la nave y voló hacia el Amazonas. Pero se equivocó otra vez y cayó en China. Allí conoció a Zhu Mei, una niña que vivía en un arrozal. Le preguntó: “¿Cómo llego al Amazonas, por favor?”

Zhu Mei se subió a la nave para guiarlo. Cayeron en Sudáfrica, donde subió un chico llamado Tutu; y luego, en Francia, otro llamado Jean. La verdad, la nave iba muy llena, pero era muy divertido.

Cuando volvió a su planeta con la nave llena, sus padres se sorprendieron. Le explicaron a Uranito que estos niños también tenían papás y debían estar con ellos. También debían asistir al colegio. Podrían seguir siendo amigos sin necesidad de vivir todos juntos.

Uranito entendió. Se puso triste por tener que dejarlos a todos, pero prometió volver a buscarlos. Se había dado cuenta de que los niños pueden verse distintos, pero en todo el universo son igual de divertidos y simpáticos.

Desde entonces, Uranito no molesta a nadie. Al contrario, para visitar a sus amigos, viaja a la Tierra siempre disfrazado de un niño diferente.

Tomado de Roncagliolo, S. (2003). *La pelea de los números*. Lima: Empresa Editorial El Comercio S.A.

**Santiago Roncagliolo Lohmann** (1975). Escritor, dramaturgo, guionista, traductor y periodista peruano. Autor de una trilogía de novelas sobre el siglo XX latinoamericano.



# Rosa Caprichosa y los animales del jardín

Pedro Pablo Sacristán

“¡Nada de caprichos! ¡Nada de caprichos!” era la única frase que Rosa oía desde que empezó a faltar el dinero en casa, una vez que su papá se quedó sin trabajo. Y eso que a Rosa nadie le había enseñado a distinguir qué era un capricho y qué no lo era. Pero tenían tantos problemas, y Rosa seguía pidiendo tanto aquello que le gustaba, que un día sus papás le dijeron: “Todo lo que pides son caprichos, Rosa. Eres una caprichosa”.

Aquello no le gustó nada a la niña, siempre dispuesta a ayudar, pero sin saber cómo. Y como siempre que no sabía qué hacer, Rosa salió al jardín. Allí, contemplando a los animales, las flores y la naturaleza, a menudo encontraba buenas ideas.

Ese día se quedó largo rato observando una familia de pajarillos. No tenían pinta de tener dinero, ni un empleo, así que la niña pensó que probablemente aquella pequeña familia tampoco pudiera permitirse ningún capricho. Pero a pesar de ello, no se les veía tristes. Y tampoco parecían estarlo las ardillas o las mariposas.

De modo que la niña pensó en pedir únicamente aquellas cosas que viera en los animales: de esa forma dejaría de ser una niña caprichosa, fuera lo que fuera eso, y además estaría feliz.

Así, observando a las hormiguitas recoger comida, aprendió que comían la comida que encontraban, aunque no fuera la más dulce o sabrosa, y ella misma decidió aceptar sin protestas lo que cocinara su mamá.

De los perros y su pelaje, aceptó que había que llevar ropa para abrigarse, pero que no era necesario cambiarla constantemente, ni utilizar mil adornos diferentes.

De los pájaros y sus nidos, comprendió que tener una casa cómoda y calentita es importante, pero que no tiene por qué ser enorme y lujosa, ni estar llena de cosas.

Y así observó y aprendió muchísimas cosas de los animales, y de cómo ellos no tenían problema para distinguir lo que era verdaderamente necesario de lo que era un capricho.

Pero lo que más le gustó de todo lo que aprendió fue que todos los animales jugueteaban y se divertían. Eso sí, siempre lo hacían con aquello que encontraban a su alcance, sin tener que usar juguetes especiales o carísimos.

Desde entonces, Rosa dejó de pedir todas aquellas cosas que sus amigos los animales no habían necesitado nunca.

Y comprobó que podía ser incluso más feliz prescindiendo de todo eso. Y no solo se sintió fenomenal, sino que nadie más volvió a llamarla “niña caprichosa”.

Tomado de <https://goo.gl/ZMhLrM> (20/02/2018)

**Pedro Pablo Sacristán** (1973). Ingeniero, psicólogo, pedagogo y educador español. Creador de Cuentos para dormir, un proyecto en el que se juntan la afición por escribir historias, la vocación educativa y el mundo de las tecnologías.

## Aracne

### Mitología griega

Aracne es hija de Idmón, un tintorero, y nació en Lidia. La joven era muy famosa por tener gran habilidad para el tejido y el bordado. Cuenta la leyenda que hasta las ninfas del campo acudían para admirar sus hermosos trabajos en tales artes. Tanto llegó a crecer su prestigio y popularidad que se la consideraba discípula de Atenea (diosa de la sabiduría y de las hiladoras).

Aracne era muy habilidosa y hermosa, pero tenía un gran defecto: era demasiado orgullosa. Ella quería que su arte fuera grande por su propio mérito y no quería deberle sus habilidades y triunfos a nadie. Por eso, en un momento de inconciencia, retó a la diosa quien, por supuesto, aceptó el reto. Sin embargo, Atenea se le apa-

reció a la joven en forma de anciana y le advirtió que se comportara mejor con la diosa y le aconsejó modestia. Aracne, orgullosa e insolente, desoyó los consejos de la anciana y le respondió con insultos. Atenea montó en cólera, se descubrió ante la atrevida jovencita y la competencia inició.

En el tapiz de la diosa, mágicamente bordado, se veían los doce dioses principales del Olimpo, en toda su grandeza y majestad. Además, para advertir a la muchacha, mostró cuatro episodios ejemplificando las terribles derrotas que sufrían los humanos que desafiaban a los dioses. Por su parte, Aracne representó los amores deshonorosos de los dioses, como el de Zeus y Europa, Zeus y Dánae, entre muchos más. La obra era perfecta, pero Atenea, encolerizada por el insulto hecho a los dioses, tomó su lanza, rompió el maravilloso tapiz y le dio un golpe a la joven. Esta, sin comprender, se sintió totalmente humillada y deshonrada, y se ahorcó.

Sin embargo, Atenea no permitió que muriera, sino que la convirtió en una araña para que continuara tejiendo por la eternidad.

Tomado de <https://goo.gl/Hsdyub> (15/02/2018)

## **Un intruso dentro de mí**

Roxana Hoces Montes

Aleteaba como un gigante y hacía todos los esfuerzos por salir. Con palmetazos y golpes hice que se metiera más y más. A la vez que presionaba con mis dedos, inclinaba mi cabeza para uno y otro lado. Y no lograba sacarlo de ese túnel donde él había querido meterse. Tal vez solo quiso saludarme, o susurrarme que velaría mi sueño, o simplemente llamar mi atención.

A mí no me gustaba escuchar mucho a los demás. Siempre estaba hablando, hablando y hablando. Sobre todo quejándome de la comida, de la ropa que me compraban, de lo molesto que era mi hermanito, del frío que hacía, del calor que sentía, de la profe que no me escogió para la danza, etcétera, etcétera y etcétera.

Ahora, solo quería tirarme en el mueble y ver televisión comiendo palomitas de maíz y chocolate. Al ver que el forastero no salía de mi oreja corrí al cuarto de mamá, ella muy rápida y preocupada me hizo recostar y me colocó unas gotas de glicerina, e hizo que durmiera con la oreja recostada sobre una toalla, a ver si con eso salía el molesto.

Mamá se despidió de mí y apagó la luz del cuarto.

Al rato ya no escuché ningún sonido, no sentí ningún movimiento. Solo un silencio ensordecedor que latía en mi cabeza. Es claro que el intruso había muerto. Y yo sin poder dormir, girando la cabeza de un lado a otro. Con la esperanza de encontrar algo sobre la toalla. No recuerdo cuándo me quedé dormida.

Mi madre vino a despertarme y al ver que el insecto no había salido de mi oreja decidió llevarme al hospital. Pero, como era domingo, el médico especialista no llegó. Ya el lunes me atendieron por emergencia. Un señor muy mayor con bata blanca salió de un salón, en cuya puerta tenía un letrero con un nombre raro y largo: Otorrinolaringólogo. Saludó amablemente y dijo:

—Pasen, ¿en qué les puedo ayudar?

Mamá le explicó lo que había pasado. Me hizo sentar en la camilla, primero revisó mi oído derecho con un aparato. Y con una jeringa me roció agua tibia, mientras mi madre cogía una bandeja pequeña debajo de mi oreja. Después usó otro instrumento para dar aire, hasta que vi flotando un cadáver con alas plateadas. El doctor me limpió y secó con algodón, revisó mi otro oído y me pidió que echara el agua al escusado. Se despidió de nosotros diciendo:

—¡Servidos!

—Gracias, muchas gracias —repetimos en coro, y yo iba saltando de felicidad.

Tomado de <https://goo.gl/bkhZFQ> (01/03/2018)

**Roxana Hoces Montes.** Educadora y escritora peruana, con varios años de experiencia en talleres creativos de Teatro de títeres, Creatividad literaria y Manualidades en reciclaje.

# Arañas

Bernice Frankel

Los científicos conocen miles de clases de arañas y siempre están descubriendo más. Hay muchos tipos de tarántulas, también. En algunos países hay tarántulas tan grandes como la mano de un hombre, e incluso más grandes. Muchas de ellas viven en árboles y atrapan y comen pequeños pájaros.

Las tarántulas son feas aunque no tan peligrosas como parecen. La picadura de una tarántula es bastante dolorosa y algo venenosa. La gente una vez pensó que una mordedura de tarántula los haría morir. Ahora los científicos han descubierto que no es tan peligrosa.

La mayoría de las veces, el veneno en una picadura de araña es demasiado débil para dañar a la gente, aunque lo harán si tienen miedo. Usan su veneno en los insectos que capturan y comen.

Otra cosa que puede sorprenderte es que no todas las arañas crean telarañas. Todas hacen seda, sin embargo. Una araña hace seda de su propio cuerpo. La seda proviene de lugares en la parte inferior de su cuerpo. Estos lugares se llaman hileras. La mayoría de las arañas tienen seis hileras. Algunas tienen más, algunas menos. La seda sale de las hileras en un hilo fino.

Al principio, el hilo de seda está húmedo y débil. Casi de inmediato el aire lo vuelve seco y fuerte. Un hilo de seda de araña es tan fuerte que se convierte en tela de seda para vestidos. Aunque hay miles de arañas, no hilan la seda suficiente como para hacer tela.

Hay muchos tipos de telarañas. La más hermosa está hecha por la araña que hace girar una telaraña como una rueda. Parece tela de hadas. Puedes encontrar esta telaraña en casi cualquier jardín porque es tejida por arañas de jardín.

Las arañas usan su seda de diferentes maneras. Atrapan insectos en ella. Ellas alinean sus nidos con eso. Ellas hacen girar fuertes hilos de seda que los llevan de un lugar a otro. Usan la seda suave para hacer bolsas que contienen los huevos que han puesto.

Las arañas ponen hasta cincuenta, o incluso cien huevos a la vez. ¡Qué pequeños deben ser los huevos! Cincuenta o cien huevos pueden caber en una pequeña bolsa.

Algunos tipos de arañas esconden sus bolsas de huevos debajo de piedras, en partes de flores y en otros buenos escondites. Otras arañas llevan sus huevos con ellas.

A algunas personas no les gustan las arañas o les tienen miedo aunque, atrapan miles de moscas y otros insectos. Saber más sobre las arañas debería ayudarnos a entender el buen trabajo que hacen.

Tomado de Wright, L. (comp.) (1965). *Better than gold*. New York: The Macmillan Company.

**Bernice Frankel** (1922-2009). Escritora de artículos de divulgación científica.

## El hombre que aprendió a ladrar

Mario Benedetti

Lo cierto es que fueron años de arduo y pragmático aprendizaje, con lapsos de desalineamiento en los que estuvo a punto de desistir. Pero al fin triunfó la perseverancia y Raimundo aprendió a ladrar. No a imitar ladridos, como suelen hacer algunos chistosos o que se creen tales, sino verdaderamente a ladrar. ¿Qué lo había impulsado a ese adiestramiento? Ante sus amigos se autoflagelaba con humor: “La verdad es que ladro por no llorar”. Sin embargo, la razón más valedera era su amor casi franciscano hacia sus hermanos perros. Amor es comunicación. ¿Cómo amar entonces sin comunicarse?

Para Raimundo representó un día de gloria cuando su ladrido fue por fin comprendido por Leo, su hermano perro, y (algo más extraordinario aún) él comprendió el ladrido de Leo. A partir de ese día Raimundo y Leo se tendían, por lo general en los atardeceres, bajo la glorieta y dialogaban sobre temas generales. A pesar de su amor por los hermanos perros, Raimundo nunca había imaginado que Leo tuviera una tan sagaz visión del mundo.

Por fin, una tarde se animó a preguntarle, en varios sobrios ladridos: “Dime, Leo, con toda franqueza: ¿qué opinás de mi forma de ladrar?”. La respuesta de Leo fue bastante escueta y sincera: “Yo diría que lo haces bastante bien, pero tendrás que mejorar. Cuando ladras, todavía se te nota el acento humano.”

Tomado de <https://goo.gl/Jxmdh6> (23/03/2018)

Mario Benedetti (1920-2009). Escritor uruguayo perteneciente a la Generación del 45 de su país. Publicó numerosos relatos, novelas y poemarios durante su vida.

## **El perro que no sabía ladrar**

Gianni Rodari

Había una vez un perro que no sabía ladrar. No ladraba, no maullaba, no mugía, no relinchaba, no sabía decir nada. Era un perrillo muy solitario, porque había caído en una región sin perros. Por él no se habría dado cuenta de que le faltaba algo. Los otros eran los que se lo hacían notar. Le decían:

—¿Pero tú no ladras?

—No sé... soy forastero...

—Vaya una contestación. ¿No sabes que los perros ladran?

—¿Para qué?

—Ladran porque son perros. Ladran a los vagabundos de paso, a los gatos despectivos, a la luna llena. Ladran cuando están contentos, cuando están nerviosos, cuando están enfadados. Generalmente de día, pero también de noche.

—No digo que no, pero yo...

—Pero tú ¿qué? Tú eres un fenómeno, oye lo que te digo: un día de estos saldrás en el periódico.

El perro no sabía cómo contestar a estas críticas. No sabía ladrar y no sabía qué hacer para aprender.

—Haz como yo —le dijo una vez un gallito que sentía pena por él. Y lanzó dos o tres sonoros kikirikí.

—Me parece difícil —dijo el perrito.

—¡Pero si es facilísimo! Escucha bien y fíjate en mi pico.

—Vamos, mírame y procura imitarme.

El gallito lanzó otro kikirikí. El perro intentó hacer lo mismo, pero solo le salió de la boca un desmañado keké que hizo salir huyendo aterrorizadas a las gallinas.

—No te preocupes —dijo el gallito—, para ser la primera vez está muy bien. Ahora, vuélvelo a intentar.

El perrito volvió a intentarlo una vez, dos, tres. Lo intentaba todos los días. Practicaba a escondidas, desde por la mañana hasta por la noche. A veces, para hacerlo con más libertad, se iba al bosque. Una mañana, precisamente cuando estaba en el bosque, consiguió lanzar un kikirikí tan auténtico, tan bonito y tan fuerte que la zorra lo oyó y se dijo: “Por fin el gallo ha venido a mi encuentro. Correré a darle las gracias por la visita...”. E inmediatamente se echó a correr, pero no olvidó llevarse el tenedor, el cuchillo y la servilleta, porque para una zorra no hay comida más apetitosa que un buen gallo. Es lógico que le sentara mal ver en vez de un gallo al perro que, tumbado sobre su cola, lanzaba uno detrás de otro aquellos kikirikí.

—Ah —dijo la zorra—, conque esas tenemos. Me has tendido una trampa.

—¿Una trampa?

—Desde luego. Me has hecho creer que había un gallo perdido en el bosque y te has escondido para atraparme. Menos mal que te he visto a tiempo. Pero esto es una caza desleal. Normalmente los perros ladran para avisarme que llegan los cazadores.

—Te aseguro que yo... Verás, no pensaba en absoluto en cazar.



Vine para hacer ejercicios.

—¿Ejercicios? ¿De qué clase?

—Me ejercito para aprender a ladrar. Ya casi he aprendido, mira qué bien lo hago. Y de nuevo un sonorísimo kikirikí.

La zorra creía que iba a reventar de risa. Se revolcaba por el suelo, se apretaba la barriga, se mordía los bigotes y la cola. Nuestro perrito se sintió tan mortificado que se marchó en silencio, con el hocico bajo y lágrimas en los ojos.

Por allí cerca había un cucú. Vio pasar al perro y le dio pena.

—¿Qué te han hecho?

—Nada.

—Entonces ¿por qué estás tan triste?

—Pues... lo que pasa... es que no consigo ladrar. Nadie me enseña.

—Si es solo por eso, yo te enseño. Escucha bien cómo hago y trata de hacerlo como yo: cucú... cucú... cucú... ¿lo has comprendido?

—Me parece fácil.

—Facilísimo. Yo sabía hacerlo hasta cuando era pequeño. Prueba: cucú... cucú...

—Cu... —hizo el perro. —Cu...

Ensayó aquel día, ensayó al día siguiente. Al cabo de una semana ya le salía bastante bien. Estaba muy contento y pensaba: “Por fin, por fin empiezo a ladrar de verdad. Ya no podrán volver a tomarme el pelo”.

Justamente en aquellos días se levantó la veda. Llegaron al bosque muchos cazadores, también de esos que disparan a todo lo que oyen y ven. Dispararían a un ruiseñor, sí que lo harían. Pasa un cazador de esos, oye salir de un matorral cucú... cucú..., apunta el fusil y —¡bang! ¡bang!— dispara dos tiros.

Por suerte los perdigones no alcanzaron al perro. Solo le pasaron rozando las orejas, haciendo ziiip ziiip, como en los chistes. El perro escapó a todo correr. Pero estaba muy sorprendido: “Ese cazador debe estar loco, disparar hasta a los perros que ladran...”

Mientras tanto el cazador buscaba al pájaro. Estaba convencido de que lo había matado.

—Debe habérselo llevado ese perrucho, no sé de dónde habrá salido —refunfuñaba. Y para desahogar su rabia disparó contra un ratoncillo que había sacado la cabeza fuera de su madriguera, pero no le dio.

El perro corría, corría. De repente se detuvo. Había oído un sonido extraño. Hacía guau guau. Guau guau.

—Esto me suena —pensó el perro. Sin embargo, no consigo acordarme de cuál es la clase de animal que lo hace.

—Guau, guau.

—¿Será la jirafa? No, debe ser el cocodrilo. El cocodrilo es un animal feroz. Tendré que acercarme con cautela.

Deslizándose entre los arbustos el perrito se dirigió hacia la dirección de la que procedía aquel guau guau que, no sabía por qué, hacía que le latiera tan fuerte el corazón bajo el pelo.

—Guau, guau.

—Vaya, otro perro.

¿Sabéis? Era el perro de aquel cazador que había disparado poco antes cuando oyó el cucú.

—Hola, perro.

—Hola, perro.

—¿Sabrías explicarme lo que estás diciendo?

—¿Diciendo? Para tu conocimiento yo no digo, yo ladro.

—¿Ladras? ¿Sabes ladrar?

—Naturalmente. No pretenderás que barrite como un elefante o que ruja como un león.

—Entonces, ¿me enseñarás?

—¿No sabes ladrar?

—No.

—Mira y escucha bien. Se hace así: guau, guau...

—Guau, guau —dijo enseguida nuestro perrito. Y, conmovido y feliz, pensaba para sus adentros: “Al fin encontré el maestro adecuado”.

Tomado de Rodari, G. (1989). *Cuentos para jugar*. México: Alfaguara.

**Gianni Rodari** (1920-1980). Escritor italiano. Por sus cuentos infantiles, llenos de humor, fantasía e imaginación, ganó el Premio Hans Christian Andersen.



